

PRESENCIA IGLESIA EN



**“Así como la voluntad de Dios es un acto,
y se llama el mundo,
Su intención es la salvación de los hombres,
y se llama Iglesia”.**

*(Clemente de Alejandría,
Pedag. 1,6’)*

El Misterio de la Iglesia Universal

Ante el misterio de la universalidad exclusiva de la Iglesia Católica en el orden de la salvación se da hoy día un alejamiento constante del hombre moderno. Alejamiento que se manifiesta en mayor o menor grado, me atrevería a decir, que en todos los niveles de la cultura actual :

“¿Cómo pueden vds. creer, esperar y amar a todos y a cada uno de los hombres afirmando seriamente que fuera de la Iglesia no hay salvación?”

Trataremos de responder con la mayor abertura posible, teniendo continuamente presente el maravilloso misterio de la Iglesia en su *Universalidad trascendente*. Pues creemos que este aspecto de la Iglesia, mantenido en un segundo plano teológico y existencial durante algún tiempo, adquiere en la actualidad una impresionante vigencia.

“Los diversos elementos de la verdad cristiana, escribe Romano Guardini, tienen sus épocas en que brillan potentes y luminosos y épocas en que

SALVADORA DE LA LOS NO CATOLICOS

Horacio Bel

pierden aparentemente su importancia y esplendor, para volver a surgir luego como respuesta a problemas cuya actualidad se percibe de nuevo" (1).

Las dimensiones universales del tema

Intentaremos en estas líneas un estudio personal del tema en toda su universalidad. No trataremos de la necesidad de pertenecer confesionalmente a la Iglesia entre los no católicos que vislumbren de alguna manera su autenticidad. Ni es nuestra intención establecer la comparación entre las gracias inmensas y las facilidades espirituales que se encuentran normalmente en el catolicismo y los riesgos y peligros objetivamente graves en que se hallan los que no pertenecen a él. Nos limitamos formalmente al Misterio de la salvación eclesial de los no católicos, en cuanto tales. Es decir, de todos y cada uno de los hombres a los que no les es dado reconocer y aceptar a la Iglesia Católica romana como la auténtica Comunidad de salvación (2).

Por lo tanto, se nos perdonará, dada al universalidad del tema, no hacer las diferenciaciones que merecen la naturaleza excepcional de las otras confesiones cristianas y la religión de Israel; y la diferencia elemental entre los no católicos creyentes y los hombres no católicos con otras concepciones de la vida. (Materialismo dialéctico, humanismos indiferentes etc.).

El Misterio de la salvación de todos los hombres se realiza en la Iglesia

M. Schmaus define la Iglesia como "el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, fundado y jerárquicamente ordenado por Jesucristo, al servicio del reino de Dios y de la salvación de los hombres, que existe como "místico" cuerpo de Cristo". ¿Por qué esta Iglesia ha de ser necesariamente católica, es decir, universal? Porque es el Pueblo universal convocado por el Dios que quiere que *todos los hombres* se salven y lleguen al conocimiento de la verdad"; Pueblo universal, iluminado por Cris-

to, "luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo"; Pueblo universal, santificado por el Espíritu que será derramado "sobre toda carne."

Iglesia y universalidad coinciden tanto en el designio salvífico de Dios, como en la iluminación salvadora de Cristo y en la vivificación del Espíritu Santo.

Enseñanza de los Santos Padres

Siendo el pensamiento central de los Santos Padres el famoso axioma "fuera de la Iglesia no hay salvación", expresión que ellos repiten continuamente, ¿cómo describirían ellos y los cristianos de los primeros siglos la presencia salvadora de la Iglesia en todos y cada uno de los hombres que permanecían de buena fe como paganos? Tenemos testimonios extraordinariamente clarividentes.

«Nosotros afirmamos que Cristo ha nacido hace ciento cincuenta años —declara San Justino en su *primera apología*—, y que los gentiles que rechacen el ser cristianos se condenarán. Se nos objeta que entonces todos los hombres que han vivido antes y lo han ignorado sin culpa propia.....deseamos responder: Cristo es el primogénito de Dios, es el Verbo del cual todo el género humano participa. Por lo tanto los que han vivido según el Verbo son cristianos, aunque hayan pasado por ateos, como, entre los griegos, Sócrates, Heráclito y sus semejantes, y entre los bárbaros, Abraham, Ananías y tantos otros. De manera que todos los que han vivido o viven según el Verbo son Cristianos sin temor ni turbación» (3).

Y Clemente de Alejandría comenta en el mismo sentido el texto de San

Juan: "existía la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo". La Iglesia está presente en todos los pueblos y en todos los hombres iluminados por Cristo, convocándolos a ser verdaderos hijos en la universal familia de Dios (4). Con mirada definitivamente universalista escribe San Agustín:

«Hubo también en otros pueblos, fuera de Israel, hombres a quienes les fue revelado el Misterio de Cristo. Lo que ahora se llama religión cristiana existía ya en los antiguos; sí, nunca ha faltado al género humano desde el principio hasta que apareció Cristo en la carne. Desde ese momento, la verdadera religión, que ya existía antes, empezó a llamarse cristiana» (5).

Verdaderamente, los Santos Padres, ardientes defensores de la Iglesia jerárquica, reconocen al mismo tiempo la trascendencia y el universalismo de esa misma Iglesia. Descubren su presencia latente en todos los pueblos verdaderamente religiosos y en todos y cada uno de los hombres auténticamente iluminados por Dios. Para ellos, el Misterio de la salvación es un misterio que podríamos llamar esencialmente eclesial.

Mentalidad actual de la Iglesia

Es ahora cuando se nos presenta la enseñanza más reciente al Magisterio de la Iglesia en su contexto espiritual más apropiado.

¿Quién será tan presuntuoso—afirma Pio IX— para atreverse a indicar los límites de la ignorancia invencible, conociendo el carácter y la diversidad de los pueblos, los países, los espíritus, de tantos innumerables factores? Realmente, cuando, liberados de los lazos

(1) *El Señor*, Madrid, 1963, 4ª ed., T. II c. II c. 14, pág. 313.

(2) Al hablar de los no católicos tenemos presente a tantos bautizados que se encuentran alejados de la Iglesia de modo permanente por prejuicios y obstáculos nada fáciles de superar.

(3) SAN JUSTINO, *I Apología*, c. 24, número 6 y c. 46, núm. 1 y 4.

(4) CHARLES JOURNET, *L'Eglise du Verbe Incarné*, París, 1951; T. II S. III.

(5) SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei*, L. 18, c. 47. Numerosos testimonios de los SS. Padres sobre esta materia, en H. DE LUBAC, *Meditaciones sobre la Iglesia*, Bilbao, 1958.

del cuerpo, veamos a Dios tal como es, comprenderemos cuán íntimo y maravilloso es el lazo que une la misericordia y la justicia divina" (6).

En el Concilio Vaticano I se enseña en diversas formas la necesidad de abrazar la fe católica para salvarse. Incluso propone por primera vez como magnífico y perpetuo motivo de credibilidad el espectáculo de la Iglesia católica en su conjunto, que aparece entre los hombres como un milagro moral, como "bandera levantada entre las naciones" (7).

Sin embargo, es el mismo Cardenal Dechamps, que parece fue el que inspiró esos textos, quien declara con precisión :

«Fuera de la Iglesia no hay salvación», no tiene otro significado que la palabra de San Pablo, «sin la Fe es imposible agradar a Dios». Es decir, que no hay salvación para quien resiste a la verdad una vez conocida.... En esta sentencia, por lo tanto, hay que suponer una palabra clave y es la palabra *voluntariamente*.... Se puede estar en la Iglesia de corazón sin estarlo corporalmente. Y ¿no es bien claro que todo hombre de buena fe pertenece a la Iglesia de corazón puesto que entraría si la conociese?» (8).

Pero el documento doctrinal eclesialmente más rico en los últimos años ha sido la Encíclica *Mystici Corporis* de Su Santidad Pío XII. En ella, de manera explícita y definitiva, se identifica el Cuerpo Místico de Cristo con la Iglesia Católica romana (cuestión antes discutida).

En torno a los términos de esta encíclica que hacía renacer una inmensa atención y amor al Misterio de la Iglesia, brotaron no pocas controversias a propósito de su interpretación. A los

pocos años, el Padre LEONARDO FEENY, norteamericano, intentaba aumentar el proselitismo católico recurriendo a una interpretación fanática: en la práctica es necesario ser confesionalmente católico para salvarse. El Santo Oficio, el ocho de agosto de 1949, en carta al Arzobispo de Boston, rechazaba las obras de Feeny, exponiendo cómo se debía entender la necesidad de incorporarse a la Iglesia.

«Para que una persona obtenga la eterna salvación no siempre se exige que sea incorporado en realidad plena como miembro, sino que se requiere solamente al menos el que se adhiera a ella por un voto o deseo real. Sin embargo, este voto o deseo no es encasario que sea siempre explícito como sucede en los catecúmenos. Sino que cuando el hombre está impedido por una ignorancia invencible, Dios acepta también un voto o deseo implícito, llamado así porque está precontenido en la buena disposición del alma, con la que el hombre quiere conformar su voluntad con la voluntad de Dios» (9).

Con estos textos queda fundamentada de manera clásica la mentalidad más reciente de la Iglesia en esta materia. Toda esta terminología, quizás algo oscura en ciertos puntos, está siendo actualmente reelaborada en las sesiones conciliares al estudiar el capítulo II del esquema sobre la Constitución de la Iglesia. Esperemos a tener la redacción refundida y aprobada para abrirnos plenamente a las nuevas perspectivas eclesiales.

Tengamos presente que el Concilio se sitúa en el centro de un acontecimiento eclesial extraordinario: es el Ecumenismo o, lo que podríamos llamar aún más ampliamente, un nuevo Universalismo religioso.

Bástenos recordar algunos hechos recientes. El Pontificado inolvidable de Juan XXIII, tan abierto, cordial y espiritualmente a *todos los hombres*. La

(6) Allocutio «*Singulari quadam*», Denzinger, 1647.

(8) Obras completas, T. 1, pág. 362.

(9) A.A.S. (1949).

expectación esperanzada que rodea actualmente los encuentros y el diálogo de S. S. Pablo VI con los cristianos orientales ortodoxos y las iglesias protestantes. La labor del Secretariado para la unión de los cristianos y la reciente creación de otro Secretariado para las religiones no cristianas. La encíclica "*Ecclesiam Suam*" representa una invitación definitiva de la Iglesia Católica al diálogo con todas las religiones humanas.

«La Iglesia extiende su mirada más allá de su esfera propia —decía ya el Papa al abrir la segunda Sesión conciliar—, considera a las otras religiones que guardan el sentido y la noción del Dios único, Supremo y Trascendente, Creador y Providente. Estas religiones rinden a Dios un culto por actos de piedad sinceros y apoyan sobre sus creencias y sus prácticas las bases de la vida moral y social. La Iglesia Católica descubre sin duda, no sin dolor, lagunas, insuficiencias y errores en muchas de estas formas religiosas. Pero no deja de volverse hacia ellas y de recordarles que el Catolicismo estima como es debido todo cuanto ellas poseen de verdadero, de bueno y humano (10).

Universalismo religioso cristiano

¿Es el Cristianismo y la Iglesia una de las religiones humanas, una de las muchas concepciones de la vida que hoy día tiene que entrar también en la coexistencia pacífica general? No. La trascendencia completamente excepcional de Cristo, Dios hecho Hombre, y de su Iglesia vivificada por el Espíritu mismo de Dios, nos impiden considerarla como una religión o una concepción más de la vida. Quien descubre un poco el Misterio de nuestra fe, reconoce sencillamente en él a la Religión y la concepción universal de la vida. Nos preguntamos por un universalismo religioso en el orden sobrenatural, bien diferente del sincretismo modernista o indiferente.

(10) *Ecclesia*, Sept., 1963.

¿De qué manera y en qué medida está presente ya la religión en toda auténtica religión? Y de manera más concreta: ¿de qué modo está realmente presente la Iglesia universal en todas y cada una de las Asambleas verdaderamente religiosas y en cada ser humano abierto al Misterio de Dios?

El acontecimiento universal de la Encarnación

Teniendo presente las enseñanzas básicas de la Iglesia, los teólogos intentan darnos una comprensión coherente y diferenciada de los fundamentos dogmáticos del misterio salvador de la Iglesia.

El auténtico universalismo se centra en torno al misterio de la Encarnación. Escribe el P. K. RAHNER:

«Al hacerse el Verbo de Dios, la humanidad ha quedado convencida real y ontológicamente en el Pueblo de los hijos de Dios, aun antecedentemente a la santificación de cada uno por la gracia. Este Pueblo de Dios antecede a una organización social y jurídica de la humanidad, como unidad sobrenatural en eso que llamamos Iglesia, de manera análoga a como un determinado pueblo histórico en el plano de su realidad intramundana antecede a su organización como Estado.

«En consecuencia, donde y en la medida en que haya Pueblo de Dios, hay también ya radicalmente Iglesia, y por cierto, independientemente a la voluntad del individuo. La Iglesia como visibilidad y signo de unión en gracia con Dios abarca, pues, una realidad doble: Iglesia como organización de carácter jurídico-sacral, e Iglesia como humanidad consagrada por la Encarnación» (11).

Pues Cristo es "la imagen del Dios invisible, Primogénito de toda la creación. Puesto que en él fueron hechas todas las cosas. Todos los seres fueron creados por medio de él, y él es antes que todos los seres. Y todos tienen en él

(11) *Escritos de Teología*, Madrid, 1961; f. II, p. 89.

su consistencia". Col. I, 15-17). Todo el misterio natural de la creación, universo e historia, reposan en la Ciudad sobrenatural cuyo centro es el Hijo de Dios hecho Hombre.

Presencia abierta y presencia velada

EL P. JOURNET en su obra "*La Iglesia del Verbo Encarnado*" estudia la doble presencia de la Iglesia, con una gran atención hacia la salvación de los no católicos (12).

La Iglesia está presente en cada uno de los hombres de una de estas dos maneras diferentes: 1) con una presencia *manifiesta*, en acto acabado, definitivo y pleno, en la Comunidad católica confesional. 2) y con una presencia *velada*, en acto inicial, tendencia y más o menos parcial en todos los hombres no católicos de buena fe.

Sabemos todo lo que significa la presencia abierta de la Iglesia entre nosotros. Pero ¿hemos estudiado la maravillosa presencia esencial de la Iglesia entre los pueblos y los hombres no católicos, aunque se trate de una presencia velada?

Significa, en primer lugar, que la Iglesia se encuentra en cada hombre de buena fe en acto *Inicial*, incoado, necesariamente imperfecto, pero no simplemente en potencia, sino *verdadamente*. En segundo lugar, está presente de manera *Tendencial*, es decir: que cada persona o familia religiosa tiende, bajo el impulso eclesial del Espíritu Santo, a entrar en una mayor armonía de fe y comunión con la Iglesia. De ordinario, existen obstáculos más o menos permanentes que impiden la manifestación de ese dinamismo, pero la tendencia actúa y perdura. En tercer lugar, la Iglesia está

presente en cada no católico de buena fe de una manera *Parcial*, sin la plenitud de la Revelación y los auxilios de la gracia, pero sí con las partes esenciales de la verdad y vida sobrenatural, conocidas quizás sólo de modo implícito y confuso.

Sabemos que ha de ser extremadamente complejo y delicado el determinar concretamente en cada existencia religiosa las realidades auténticas, en las que creemos que está presente la Iglesia, y aquéllas en las que no puede estarlo. Pero esta fe anticipada en la presencia sobrenatural de Dios, de Cristo y de su Iglesia en el misterio de cada vida humana, vaya transformando toda la labor misionera y ecuménica en nuestros días.

DOM BEDA GRIFFISH, misionero en la India, exige una atención y un estudio teológico-espiritual de largo alcance para cada una de las religiones, pues su fe inmensa descubre con clarividencia impresionante:

«Se trata de reconocer que Cristo ha estado siempre presente en todas las religiones del mundo, conduciéndolas por su Espíritu hacia el conocimiento de El mismo. Pero decir esto, es afirmar que la Iglesia está presente en toda religión. Es admitir que los límites de la Iglesia son tan amplios como la humanidad. En consecuencia, cuando encontramos a un budista, a un confucionista, o a quien sea, no encontramos a un extranjero, encontramos a alguien que ya, en la medida en que ha recibido la luz que le ha sido dada, encontró esta presencia escondida de Cristo y está por lo tanto ligado a su Iglesia» (13).

Buena fe, ignorancia invencible, hostilidad

Es hora de preguntarnos con toda franqueza, ¿se dan, hoy en día, tantos millones de hombres ajenos a la Iglesia por desconocerla o rechazarla, con

(12) *L'Eglise du Verbe Incarné*, T. II, S. 3^a, c. 2.

(13) *Informations catholiques internationales*, agosto, 1964.

buena fe, buen deseo y buena voluntad? Es misterioso, pero cierto. Al relacionarnos más frecuentemente y cordialmente con personas de diferente religión, de distinta concepción de la vida, descubrimos que se dan estos hombres de completa buena fe. La abertura ecuménica nos enseña con inmensa evidencia que hemos de presuponer en cada agrupación religiosa y en cada persona no católica esa buena fe, mientras no se pruebe lo contrario con claridad. El clima inter-religioso se irá iluminando de este modo por una buena voluntad más cercana a la caridad cristiana.

Es frecuente suponer que la ignorancia invencible se ha de dar solamente en la gente ruda, en los pueblos no civilizados. El CARDENAL NEWMAN nos confiesa que sucede todo lo contrario: la ignorancia verdaderamente "invencible" suele darse mientras más instruída y cultivada está una persona según una cosmovisión espiritual individualizada y razonada. Él sufrió esta experiencia. ¿No será por esto por lo que hoy en día resultan casi imposibles las conversiones en masa y se hacen tan difíciles las individuales?

A pesar de todo ello, se ha de lamentar la inmensa lejanía espiritual, la ignorancia mutua, las incompresiones constantes que nos separan a los unos de los otros. Los hombres, en este terreno no hemos sido únicamente limitados e incapaces, sino también culpables. Hemos intentado unos y otros luchar contra la Iglesia, tanto en su realidad abierta como en su presencia velada. Hemos procurado destrozarla bajo cualquier pretexto como un día hicimos con Cristo. Pero la Iglesia, como Cristo en la cruz, pide al Padre de las misericordias derrame su perdón y su gracia en el corazón de todos los que la persiguen. Se da, pues, la presencia velada de la Iglesia en todos los hombres de buena fe a través de las ignorancias más invencibles. Y se da, según creemos, una presencia de la Iglesia aun entre aquellos que la rechazan.

Es la presencia misericordiosa de la Madre que soporta con entereza y permanece siempre dispuesta a reconciliarse íntimamente con su hijo. Una presencia semejante a la misericordia infinita de Dios Padre en el centro mismo del Misterio de la Salvación.

Misterio del amor de Dios y respuesta humana en el no católico

¿De qué manera le es dado conocer y experimentar al hombre no católico el misterio central del Cristianismo, el misterio del amor infinito de Dios? Ya hemos indicado que la Encarnación de Nuestro Señor ha iluminado y transfigurado a todo el universo entitativamente. Las cosas son iluminadas sólo en su exterioridad, pero la entidad del hombre es sobre todo interior, es conciencia. Por lo tanto, la universalidad ontológica de la iluminación de Cristo (Jn. 1,9) significa, ante todo, que cada hombre conoce y experimenta de manera consciente ese misterio indecible de luz y de amor que se ha manifestado en Cristo. Y ésto aun antes de recibir explícitamente ningún mensaje exterior.

¿Cómo es esto posible? ¿De qué manera conoce cada hombre ese amor infinitamente concreto que Dios le profesa? ¿Con qué palabras y signos o con qué silencios y lejanías se le presenta? ¿Qué llamadas divinas y respuestas humanas han tejido la trama existencial de esa historia viva? Nada podemos saber por anticipado. Pero hemos de acercarnos con el respeto inmenso que merece una persona que *es consciente de ser extremadamente amada por Alguien*, para el cual es un ser central, único e irremplazable en todo el universo.

Conocimiento y experiencia existencial del Misterio

Si el hombre tuviese sólo conciencia de sus conocimientos reflejos o de sus experiencias más impresionantes,

habríamos de reconocer, en plan realista, que la mayor parte de los hombres no tienen conciencia alguna de los problemas religiosos y de "estas experiencias místicas". Sin embargo, no tenemos únicamente conciencia de nuestro "saber reflejo" o de la colección de nuestras "experiencias interesantes".

Una persona, por ejemplo, puede ser durante mucho tiempo apreciada y querida extraordinariamente, en el amplio círculo de las personas que la rodean, y tener íntima conciencia de ello. Sin haberse puesto nunca a pensar expresamente en ello, sin haber hecho de ello "un problema" o una "experiencia interesante". Tampoco se le ha ocurrido tomar eso como tema de conversación con sus amigos o de discusión con los extraños. Sin embargo, tiene una conciencia tan simple y presente de todo ello, que se confunde con lo que ella es, *sin saberlo expresamente*.

Este es un orden de conocimiento que suele llamarse hoy existencial y despierta la atención de muchos pensadores actuales. Pues en este terreno existencial se dan las experiencias básicas del hombre con especial pureza y dramatismo. Por ejemplo, la autoconciencia, la libre decisión radical, la religación del hombre con Dios, la abertura del espíritu y del corazón, la confusa seriedad de la muerte y la vida.

Hemos de tener presente estos conocimientos existenciales, no objetivados ni expresos, para caer seriamente en la cuenta de que un hombre ajeno a la fe cristiana explícita, puede conocer y experimentar cada día el misterio del amor de Dios y responder con maravillosa generosidad, *aun sin él mismo saberlo*.

¿No tratará Nuestro Señor de hacernos ver la importancia religiosa y cristiana de esas realidades existenciales en el misterioso diálogo del Juicio Final? "Venid, benditos de mi Padre,...

Pues tuve hambre y me disteis de comer... —Pero ¿cuándo, Señor, te vimos hambriento y te dimos de comer?... —En verdad os digo que cuando lo hicisteis con uno de éstos conmigo lo hicisteis..."

No es tan fácil ser de veras irreligioso, anticristiano y ateo, como temen miedosamente tantas personas celosas. Porque la vida cotidiana, aun la del hombre más alejado, está bañada, circundada y sostenida sobrenaturalmente por el amor infinito de Dios.

Singularidad cristiana de este diálogo religioso

«Lo que pasa —Escribe el P. K. RAHNER— es que Dios es ese Amor infinito desde un punto de vista distinto del que ordinariamente se piensa. Y es que El puede darse a cada uno de nosotros de manera diferente. Esta diferencia no cae, sobre todo y en primer lugar, sobre el grado, sino ante todo sobre la singularidad incomparable de este amor que Dios profesa a cada uno y en correspondencia al cual cada uno llega a ser a su vez incomparable (14).

Es decir que cada persona, cada familia, cada pueblo, cada religión, y cada época histórica, en su singularidad concreta irrepetible e irremplazable, está abierta de manera única a este Amor y a esta Luz concreta de Dios.

¿Recibirán diferenciadamente los misterios sobrenaturales esenciales al Cristianismo? El mismo P. RAHNER nos propone una respuesta de carácter concreto y universal.

«Los misterios del Cristianismo no pueden ser asimilados y tomar todo su sentido sino para una inteligencia elevada bajo la acción de Dios. Hace falta necesariamente la gracia de la fe, la luz sobrenatural de la fe. Decir que Dios da esta luz es decir precisamente que El predica estos misterios en el interior del hombre.

(14) *Misión et grace*, París, 1964; T. I. c. III, pág. 130.

Reflexionemos en esto: este Cristianismo que presentamos como un camino secreto que ya está ahí (en el hombre aparentemente lejano a la fe) es obra de la gracia en lo más íntimo del hombre. Y no es una entidad abstracta. La vida concreta como tal, la vida cotidiana, posee desde dentro de ella misma una abertura hacia Dios. Es esto lo que nos permite esperar que hay muchos cristianos que lo son sin saberlo expresamente» (15).

De este modo, creyendo que el misterio de la gracia de Dios le es manifestado de manera concreta a cada ser humano, podemos comprender rectamente y en toda su dignidad la buena fe, el deseo del bien y la auténtica buena voluntad. No es un mínimo de respuesta religiosa sino una máxima respuesta digna de la majestad de Dios y de la adoración total del hombre. La educación religiosa del hombre no católico se cifrará, por lo tanto, en la abertura incondicional de su pensamiento a todo lo que Dios tiene a bien manifestarle: ésa es la "buena fe". Abertura incondicional de sus aspiraciones a cuanto Dios le ha ido prometiendo: ése es el "buen deseo". Docilidad incondicional de su corazón al misterio indecible del amor de Dios: eso es, con palabras modestas, la "buena voluntad".

¿No será así como le es dado a todo hombre no católico realizar de modo implícito los actos de fe, esperanza y caridad, necesarios para la salvación sobrenatural y para pertenecer verdaderamente a la Iglesia?

El problema de la perdición humana siempre posible

Con todo lo que hemos dicho, haríamos una injuria al Dios creador de ese reino de "la verdad que nos hará libres", si suponemos piadosa o fanáticamente que forzará de una u otra manera a los hombres para entrar, que

(15) Ib. c. III, pág. 158.

violentará sutilmente las conciencias para que se abran y crean en su Hijo, que en el fondo sugestionan a sus creaturas para que, quieran o no, pertenezcan a su Iglesia.

Por respeto a la verdad y en honor a todo hombre de buena voluntad, debemos declarar abiertamente: que el hecho de no reconocer confesionalmente a la Iglesia, no les libera de sus graves responsabilidades más o menos explícitas pero siempre obligatorias, en sus relaciones con Dios, en la aceptación real de la vida y en sus deberes para con el prójimo. Y por lo tanto, tampoco les libera del riesgo absoluto de su libertad, puesto que siempre pueden traicionar esos deberes de manera definitiva y perderse completamente.

Del mismo modo que entre los católicos se pueden dar, desgraciadamente, pecados contra Dios y contra la Iglesia, pueden darse también entre los no católicos, "apóstatas", que rechacen toda buena fe, desesperados radicales que renuncian a todo buen deseo y pecadores de todas clases que destrocen cualquier forma de buena voluntad. Cuando unos y otros traicionamos la voz del Espíritu Santo que resuena en el santuario de la conciencia y en el Universo espiritual que nos es dado a conocer, nos hacemos igualmente contrarios a Dios, a Cristo y a su Iglesia. Y desde ese instante nos perdemos temporal o definitivamente.

Conclusiones

1.³ Entramos en la era de la Iglesia. La Iglesia, como realidad viviente, despierta en toda la conciencia actual con increíble fuerza. No nos contentamos con las comuniones humanas simplemente temporales: patria, civilización, época histórica. Necesitamos abrirnos a la Comunión espiritual de todos los seres. Por eso sentimos cada día con más fuerza a la Iglesia. Hasta hace unos años se designaba con la pa-

labra *Iglesia*, de manera preponderante, a la Iglesia Jerárquica. Desde hace algún tiempo se insiste justamente en abarcar con este nombre a toda la Iglesia confesional (promoción del laicado). Pero hemos de tener presente la realidad eclesial completa, que, según hemos estudiado, está formada por la Jerarquía, el laicado y por todos los hombres de buena fe: es la Iglesia como Pueblo universal de Dios.

Esta realidad eclesial, inmensamente universal es aceptada tradicionalmente por los SS. Padres, reconocida por el Magisterio ordinario, estudiada detenidamente por los teólogos actuales y vivida por los mismos misioneros. Así lo hemos podido comprobar. Sin embargo, solamente de manera gradual va apareciendo y tomando alguna vigencia en la mentalidad pública católica. No ha adquirido aún, lo debemos reconocer, la importancia que, puede ser, cobre dentro de unos años tanto en la enseñanza oficial de la Iglesia, como en el campo teológico y en cada existencia cristiana.

2.^a Podemos esperar también que con ello se equilibren las relaciones entre las tres realidades eclesiales: jerar-

quía, laicado y pueblo universal de Dios. Si es cierto que el Pueblo de Dios ha de ser *animado* por los católicos confesionales y *regido* por la jerarquía, ¿no es también cierto que la jerarquía y los católicos todos han de estar *al servicio* del Pueblo de Dios?

3.^a Al familiarizarnos con la Iglesia como Pueblo de Dios ¿no tomaremos más plena conciencia de su Misterio sobrenatural? Misterio de encarnación humilde y trascendencia universal, misterio de alejamiento y cercanía sobrenatural en medio de todos los hombres y todos los pueblos. Así contempla San Juan a la Iglesia; como la misteriosa Ciudad Santa, que, aun en medio de increíbles luchas, sufrimientos y pruebas, es continuamente renovada por la presencia central de Dios y del Cordero y la afluencia incesante de todos los pueblos:

«He aquí la tienda, mansión de Dios con los hombres, y fijará su morada entre ellos, y ellos serán pueblo suyo, y el mismo Dios estará con ellos como Dios suyo...»

«Y caminarán las gentes guiadas por su luz y los reyes de la tierra llevan a ella su gloria... Sus puertas no se cerrarán de día, que noche no habrá allí. Llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones». (Apoc. 21, 3. 24-26).

